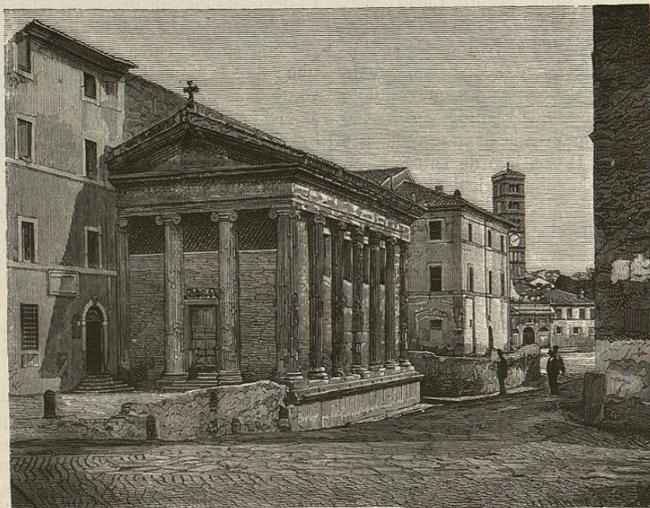


alguna por entendidos, y sin hacer preparativo alguno dejaron á sus contrarios todo el tiempo necesario para convertir la alianza política formada en el año 91 en una verdadera organización política y sistemática del levantamiento. Esto no obstante, el volcán vomitó su lava antes de que los itálicos hubiesen hecho todos los aprestos indispensables. El pretor, con poderes proconsulares, Cayo Servilio, enviado al Piceno (así como otros funcionarios lo fueron á distintas partes de la península) para vigilar la ciudad de Asculum, que con objeto desconocido había enviado rehenes á Corsinium, se presentó á fines del año 91 con su legado Fonteyo y reducido séquito en el teatro en donde se habían reunido los ciudadanos para celebrar una fiesta. Sus amenazadoras palabras hicie-



Templo de la Fortuna Viril.

ciudadanía. Cuando estas pretensiones fueron objeto de una contestación altanera é injuriosa, la espada hubo de decidir acerca del porvenir de la hermosa península, como había acontecido ya durante la sangrienta guerra de los samnitas. La arrogancia cegaba de tal manera á los romanos, que el infame tribuno de la plebe, Q. Vario Hibrida, enemigo mortal de Druso, consiguió, ayudado por los caballeros y haciendo caso omiso de la protesta de su colega, que se nombrase una comisión extraordinaria investigadora que, durante el primer año de guerra, acusó á los principales romanos de reos de alta traición y condenó á algunos de ellos como culpables de haber inducido á los aliados al levantamiento.

Dada la unión que durante largos siglos había existido entre Roma y los itálicos, era natural que no todos los habitantes de la península, aunque no se contaran como romanos propiamente dichos, tomaran en seguida las armas contra la capital. Además de Etruria y de Umbria se mantuvieron fieles á los romanos una porción de ciudades que poseían el derecho latino, lo propio que las comunidades aliadas que, como las de Nola y Nuceria y las ciudades griegas Nápoles y Reggio, eran tratadas con ciertas consideraciones. Por último una gran parte de la aristocracia local no quiso sublevarse y algunas comunidades permanecieron fieles á Roma, como Pidna, entre los vestinos, en medio de los insurrectos, y resistieron enérgicamente á sus paisanos. No era fácil tarea

ron estallar el movimiento público, siendo él y sus acompañantes asesinados en aquel mismo sitio, hecho lo cual cerráronse las puertas de la ciudad, y los romanos de ambos sexos que en ella se encontraban fueron muertos y saqueados sus bienes. Apenas se había encendido esta hoguera, estalló la sublevación en todos los puntos de la Italia central y de la Baja Italia. Los valientes marsos fueron los primeros en declarar en toda forma la guerra á los romanos. Por un momento, sin embargo, los caudillos del movimiento volvieron á envainar sus aceros. Los itálicos, es decir, los fuertes y escogidos pueblos sabelios de la Italia central y de la Baja Italia, entre los cuales existía una joven y poderosa clase media, enviaron emisarios á Roma para exigir el derecho de

para los itálicos demoler el poderoso edificio de la organización que los romanos habían dado á la península. Esto no obstante, Roma se vió de repente delante de un peligro que solo podía compararse con el que la había amenazado en tiempo de Anibal. Por tanto apeló al auxilio de los contingentes de toda clase, y á los recursos que podían proporcionarle las provincias y los aliados extranjeros, para conseguir la conservación de la soberanía de Italia y la salvación de la existencia del Estado. Entonces iba á verse si la antigua *Fortuna virilis* estaba con las armas romanas, á pesar de no ser su causa de las más justas.

Los romanos hicieron rápidamente sus preparativos, apelaron á todos los recursos financieros, suspendieron durante las críticas circunstancias que se atravesaban, todos los tribunales, excepto la odiosa comisión de crímenes de alta traición, y utilizaron los servicios de los mejores oficiales, prescindiendo de partidos, á fin de poder, durante la primavera del año 90, atacar á los itálicos, que ya se preparaban en distintos puntos para apoderarse de las fortalezas romanas de sus cantones y para darse cuanto antes una organización política, calcada sobre la romana.

XI.—GUERRA DE LOS ALIADOS ITÁLICOS CONTRA ROMA. GUERRA ITÁLICA

Como se deja ver, la nueva constitución de la Confederación itálica no era sino una copia del sistema de Roma,

dándose el carácter de centro de la misma á la ciudad de Corsinium, situada en el territorio de los pelignos, en la cuenca del río Pescara: llamósele Itálica y se concedió el derecho de ciudadanía á todos los habitantes de las comarcas sublevadas: un Senado compuesto de quinientos miembros, en representación de las ciudades y lugares amotinados, se encargó de promulgar la Constitución y dirigir las operaciones de la guerra. Por disposición suya los itálicos comenzaron por nombrar dos cónsules escogidos de entre los hombres que más contaban con la pública confianza y que más se habían distinguido en la última guerra de los romanos como caudillos de las distintas tribus, resultando elegidos el valiente marso Quinto Pompeyo Silón y el samnita Cayo Papió Mutilo, cada uno de los cuales tenía á sus órdenes seis pretores, como Mario Egnatio, el marso Vetio Scato, el lucanio Mario Lamponio, el picentino Cayo Judacilio, el marrucino Herio Asinio y otros. Ya era esto lo bastante para dirigir la guerra, pero los itálicos se olvidaron de dictar reglas para el tiempo de paz, y solo con dificultad pudieron conseguir que la ciudad de Corsinium, que por el momento ofrecía algunas ventajas estratégicas, fuese proclamada como capital definitiva. Además, cuando valiéndose según parece de una ficción, quisieron crear una burguesía soberana y electoral; cuando estaba tan reciente la elección del Senado, no entendieron dar el paso hácia el sistema representativo tal como nosotros lo comprendemos, y hubieron de hacer en sus comicios los mismos tristes experimentos que Roma presenciara antes y después de esta guerra. Los itálicos quisieron conservar como idioma oficial el latino, pero entonces el samnita hizo también prevalecer sus derechos á la misma categoría, y así es que á ambos los encontramos indistintamente en las monedas de plata que la Confederación mandó acuñar á ejemplo de Roma.

La experiencia por ellos adquirida durante los muchos años que habían permanecido bajo la dominación romana y las excelentes disposiciones que para la guerra mostraban, hacían de los itálicos peligrosos adversarios. Los romanos, en cambio, tenían la gran ventaja de que su Estado podía presentar frente á la Confederación rápidamente formada una antigua unidad: además la antigua guerra con los samnitas y la segunda guerra púnica habían probado plenamente que la situación de la capital, junto al Tíber y en el centro de los territorios, permitía á los ejércitos romanos separar, por medio de vigorosos ataques, á sus adversarios: y por último, al paso que los itálicos no tenían aliado alguno en el territorio romano, el extenso territorio de los insurrectos se veía sembrado en todas partes de fortalezas romanas. Esto hizo que los romanos desde los primeros momentos pudiesen tomar la ofensiva, mientras que los itálicos, que no habían tratado de penetrar en el Lacio, hubieron de destinar una parte importante de sus fuerzas á sostener la lucha, hartos salvajes, con las guarniciones que los romanos tenían en su territorio.

Durante el invierno del año 91 al 90, comenzaron los itálicos á sitiar con todas sus fuerzas las colonias latinas de sus territorios que se mantenían fieles á Roma. Venusia al Sur, en la Apulia, Canusium y otros lugares cayeron en su poder; en cambio Esernia, en el Samnio, y Alba, en la comarca de los marsos, rechazaron enérgicamente sus ataques. Otras muchas luchas sangrientas se encendieron en distintos puntos, así del Norte como del Sur, hasta que los romanos se presentaron con numerosas fuerzas en el teatro de la guerra. El Senado no solo había hecho un llamamiento general entre los romanos, sino que alistó en su ejército á los pueblos romanizados, que habitaban entre los Alpes y los Apeninos. De esta suerte consiguió reunir 100,000 hombres, á los cuales debían agregarse los numerosos contingentes de tropas ligeras y de

caballería que se habían pedido al Africa y á otras comarcas de allende los mares, y la escuadra que estaban aprestando las ciudades marítimas griegas de Europa y de Asia. Los itálicos, por su parte, habían puesto en pié de guerra, además de las tropas de guarnición, otros 100,000 combatientes.

Para lograr sus fines militares y políticos, viéronse los romanos obligados á atacar á un tiempo á sus adversarios en todos los puntos en donde había estallado la sublevación; de modo que á la vez tenían que prestar auxilio á las fortalezas sitiadas y derrotar en los campos de batalla al enemigo. La lucha hubo de encenderse simultáneamente en toda la extensa línea desde el Piceno hasta la Lucania meridional. Desde luego, á causa de la forma geográfica de la península, hubo dos centros principales de la guerra; uno al Norte, desde el Piceno hasta las fronteras de la Campania, que comprendía todos los pueblos que hablaban el latín, y otro al Sur, que estaba formado por la Campania, el Samnio y los cantones meridionales. En el primero las tropas romanas estaban mandadas por el cónsul Publio Rutilio Lupo y por cinco legados con poderes de proconsules, Cayo Mario, Cneo Pompeyo Strabon, padre del que después fué llamado emperador, Q. Cepion, Cayo Perpenna y Valerio Messala: estos debían atacar al cónsul itálico Silón y á sus seis pretores. En el segundo ejercía el mando supremo el cónsul romano L. Julio César, con los legados Sila, P. Léntulo, T. Didio, Publio Craso y M. Marcelo, que debían luchar con el cónsul itálico Mutilo y con sus seis tenientes generales. Cada jefe romano que conducía un cuerpo de tropas debía circunscribir su acción á un determinado territorio, mientras que los ejércitos consulares tenían que hacer la guerra en mayor escala.

Nosotros trataremos de bosquejar esta confusa lucha, dando cuenta de los hechos principales que en ella acontecieron. Las operaciones del cónsul César, llevadas á cabo en el Sur del teatro de la guerra, no tuvieron éxito; los legados M. Marcelo y Publio Craso, enviados por él con sus tropas al Samnio y Lucania, se encontraron pronto cercados, aquél en Esernia y éste en el Grumentum lucanio. El mismo César, que había dotado de guarniciones á Cápua y á las demás ciudades que se mantenían fieles á Roma, quiso desde Campania hacer levantar el sitio de Esernia, pero los samnitas y los marsos, conducidos por Vecio Scaton, le derrotaron completamente. Entre tanto Venafro caía en poder de los insurrectos, á los cuales los habitantes entregaron la guarnición romana, con lo cual Esernia se vió incomunicada por completo. Sin embargo, Mario Egnatio que había retrocedido desde Bovianum y que se había apoderado de Venafro, cortó al cónsul la retirada y le derrotó de tal manera que á duras penas pudo éste llegar á la Campania Teanum, en donde hubo de permanecer inactivo hasta que le llegaron nuevos refuerzos. El general itálico Mutilo pudo arrojarse sobre la Campania, que tan importante era para los romanos, así bajo el punto de vista estratégico, como bajo el financiero. Una traición le abrió las puertas de Nola, donde fueron asesinados el comandante romano Postumio y los oficiales, cayendo luego sucesivamente en poder de los samnitas las ciudades de Minturn, Stabie, Pompeya, Herculano, Literno y Salerno, y salvándose solo Nuceria, situada al Sur del Vesubio. Los contingentes que en masa acudieron á apoyar á César, no eran de mucha confianza; un fuerte cuerpo de caballería nómada hubo especialmente de ser enviado á su país, porque un hijo de Yugurta, que en Venusia había sido hecho prisionero por los itálicos, inducía á sus paisanos á que en masa desertasen del campo romano. César no pudo aventurarse á atacar á los samnitas que en tanto bloqueaban la importante ciudad de Acerre, que se alzaba entre Nápoles y Cápua. Para asegurar las comunicaciones entre Cápua y Roma, además de hacer ingre-

sar 6,000 libertos en el ejército, hubo de establecerse una verdadera cadena de correos.

Las tropas itálicas que se encontraban delante de Acerre atacaron el campamento de Julio César, pero el cónsul Mutilo que las dirigía fué completamente derrotado, perdiendo 6,000 hombres en la lucha: entonces comenzaron á respirar los romanos de la capital, por mas que sus asuntos no fuesen tan prósperos en otros lugares. El cónsul Rutilio Lupo, con sus legados Perpenna y Mario, quiso ante todo apoderarse de la importante fortaleza de Alba; pero Perpenna sufrió una completa derrota, y el resto del cuerpo que mandaba quedó á las órdenes de Mario. El cónsul, á pesar de los consejos del prudente Mario, quiso arrojarle rápidamente contra el enemigo que, mandado por Vetio Scaton, le esperaba junto al río Toleno, que cortaba la vía Valeria y que en Rinti conflúa con el Velino. Scaton supo engañar á Mario y en 11 de junio del año 90 derrotó, con sus fuerzas marsas, al ejército del cónsul, junto á las riberas del expresado río: 8,000 romanos perecieron en esta batalla, y el mismo cónsul fué mortalmente herido. Entonces Mario, que había llegado hasta el campamento de los marsos, tomó el mando supremo del ejército romano. Su marcha de avance y la victoria del legado Servio Sulpicio sobre los pelignos obligaron á los marsos á retroceder hácia el Este. En cambio el legado Q. Cepio se dejó atraer en una emboscada que le había preparado Pompeio Silon, pereciendo él y todo su ejército á manos de los marsos y vestinos. Mario supo, no obstante, derrotar en distintas ocasiones á su enemigo, penetrando poco á poco en la comarca de los marsos, y haciendo sufrir á sus adversarios dos grandes derrotas, en la primera de las cuales pereció Herio Asinio, pretor de los marrucinos; la segunda, que se debió á la cooperación del cuerpo de ejército que á las órdenes de Sila operaba en el Sur, costó á los itálicos 6,000 hombres. En el Piceno, por último, el legado Pompeyo Strabon, que compensaba su inmoralidad con excelentes condiciones militares, fué derrotado y acorralado hácia Firmum; pero al poco tiempo, acudió en su auxilio Servio Sulpicio, despues de haber conseguido su victoria sobre los pelignos, y unidos ambos aniquilaron al cuerpo de ejército itálico mandado por Tito Lafrenio que se encontraba delante de Firmum, y pusieron estrecho cerco á la ciudad de Asculum.

XII.—CONCESIONES HECHAS POR LOS ROMANOS Á LOS ITÁLICOS. DOMINACION DEL LEVANTAMIENTO ITÁLICO

Esto no obstante, la situación de los romanos distaba mucho de ser satisfactoria: no solo hubieron de rendirse á fines del año 90 las fortalezas de Grumentum y Esernia, sino que, al menguar la fortuna de los romanos, disminuía la confianza que en Etruria y Umbria inspiraba la fuerza de Roma. Gran número de umbríos y algunos etruscos se sublevaron, teniendo los romanos que enviar contra los primeros al legado Aulo Plotio y contra los segundos á Lucio Porcio Caton. Como las noticias de las Galias y de España denunciaban intranquilidad en estas provincias; como en las fronteras asiáticas orientales parecia prepararse tambien una espantosa tormenta; y como las fuerzas del pueblo romano, que no tenia ya la férrea resistencia de los tiempos de Anibal, se hallaban muy dispersas, el Senado decidió cambiar de política y salvar por inteligentes medios de conciliacion el porvenir del Estado. Mientras al comenzar el año 89 y bajo la presión de la opinion pública, el nuevo tribuno Marco Plautio Silvano publicaba, para terminar los procesos entablados, una ley que ordenaba que los miembros de aquella funesta comision fuesen nombrados por eleccion de las tribus, en vez de componerse exclusivamente de caballeros, y que condenaba al destierro al infame Vario Hibrida, se aprovechó

el invierno del año 90 al 89 para promulgar, antes de que continuara la guerra, una serie de leyes que habian de traer consigo la disolucion de la liga itálica, por lo mismo que hacian á los itálicos grandes concesiones. El cónsul César, á fines del año 90 había publicado ya una rogacion en virtud de la cual se daba el derecho completo de ciudadanía romana á todas las municipalidades itálicas que no se habian sublevado contra Roma. Asimismo se concedia este derecho á todos los antiguos latinos del Lacio, á todas las ciudades que gozaban del derecho latino y que no habian abrazado la causa de los insurrectos, á las municipalidades no amotinadas de Etruria y Umbria, á las distintas villas, amigas de los aliados, del Norte de los Apeninos, como Rávena, ó al Sur, como Nuceria, y finalmente á todas las ciudades helénicas que habian permanecido fieles á los romanos. Solo algunas ciudades como Nápoles y Reggio y otras de origen griego conservaron, mediante ciertas negociaciones, su organizacion municipal y, como oficial, el idioma griego. Además, para dar á los sublevados, con los cuales no podia firmarse de cualquier manera la paz, facilidad para salir de su estado excepcional, ordenó la ley de los tribunos Marco Plautio Silvano y Cayo Papirio Carbon, publicada á principios del año 89, que cualquiera que hasta entonces hubiese pertenecido á una municipalidad de la liga itálica podria recibir el derecho de ciudadanía, con tal que dentro de sesenta dias diese aviso al pretor. Uno de los nuevos cónsules del año 89, Cneo Pompeyo Strabon, despues que los lugares que con derecho latino existian junto á las colonias establecidas entre el Po y los Apeninos y las municipalidades aliadas hubieron recibido el derecho de ciudadanía, consiguió que la comarca transpadana y los alrededores de la ciudad nuevamente organizados y comprendidos entre el Po y los Alpes, recibiesen el derecho latino. Sin embargo, la antigua tenacidad de los romanos empañó de un modo mezquino las grandes é importantes concesiones hechas á los nuevos ciudadanos. Atendida la insuficiencia de la constitucion de los comicios entonces existente, y su total incapacidad para crear un nuevo sistema que sustituyera al antiguo, pareció peligroso dejar que las masas de los nuevos ciudadanos entraran en las filas del pueblo soberano con la plenitud de fuerza de sus sufragios; y para evitar este peligro se buscó un expediente, demasiado propio para arrojar á aquellos en brazos de la demagogia de Roma, decretando que los nuevos ciudadanos solo pudiesen inscribirse en ocho tribus.

Con todo, las concesiones de los romanos produjeron su efecto; pues evitaron que se propagase el horroroso incendio é hicieron fácil á aquellos la direccion de la guerra durante el año 89, en que los nuevos cónsules Pompeyo y L. Porcio Caton debian operar en el Norte, mientras Sila se encargaba de la direccion de la guerra en el Sur. La rápida terminacion del movimiento etrusco-umbrío hizo que los romanos, conducidos por Pompeyo, pudiesen, durante el invierno del año 89, aniquilar un ejército de 15,000 hombres que los itálicos habian enviado á estos cantones del Norte de la península. Con la primavera, comenzaron Caton desde el lago de Celano, y Pompeyo desde el Piceno, el ataque contra las comarcas montañosas del centro de Italia, coronando el éxito sus esfuerzos. Muerto Caton, ocupó su lugar el legado Sulpicio y obligó á los marrucinos despues de derrotarlos en Teate (Chieti), á que se le sometieran. Poco á poco y en parte por medio de negociaciones, consiguió tambien en esta comarca que los audaces pueblos montañoses abandonasen la lucha. La batalla principal, sin embargo, la ganó Pompeyo: mientras algunos destacamentos recorrían los cantones hasta la línea en que operaba Sila, arrojóse con todas sus fuerzas sobre el Asculum picénico, una gran parte de cuyos

ciudadanos parecían dispuestos á poner fin á la guerra. El pretor itálico Judacilio acudió presuroso á salvar á su ciudad nativa. Trabóse entonces un encarnizado combate entre 60,000 itálicos y 75,000 romanos, y aun cuando el cónsul de estos consiguió salir vencedor, pudo Judacilio entrar en la ciudad con algunas de sus tropas. Cuando la resistencia de los desesperados habitantes de Asculum, que no podían esperar gracia alguna, se hubo debilitado, el cruel Judacilio mandó dar muerte al jefe de los adictos á Roma; luego se suicidó, y dejó que despues los romanos, al tomar nuevamente la ciudad, vengasen de un modo horroroso la sangre de Servilio: todos los oficiales itálicos y todos los ciudadanos notables que cayeron en sus manos, fueron asesinados, y el resto de los habitantes perdieron todos sus bienes, que fueron confiscados por el cónsul, y se vieron sumidos en la mas completa miseria.

Mientras de esta manera horrible se sometia el centro principal de la insurreccion, los romanos conseguían no menos importantes victorias en los demás puntos del teatro de la guerra. El pretor Cayo Cosconio derrotó al itálico Mario Egnatio en Aufido y conquistó toda la Apulia hasta los baluartes de Venusia: el legado Q. Metelo Pio, hijo del antiguo héroe que venció por vez primera á Yugurta, y Cayo Cinna obligaron á los marsos á firmar la paz: el mismo Pompeyo consiguió que á principios del año 88 se sometieran los pelignos y los vestinos. El Senado itálico había abandonado la ciudad de Corsinium y trasladádose á la samnita Bovianum.

Con no menos energia había dirigido Sila la guerra en los territorios meridionales, en donde, como hemos visto, los itálicos llevaron ventaja durante el primer año de la lucha. El primer ataque lo dirigió Sila contra la Campania, ayudándole en su empresa la escuadra, bien que los marinos, que como los soldados romanos de aquel y de posteriores tiempos, tenían funestas tendencias á la insubordinacion y á la indisciplina, asesinaron á su jefe A. Postumio Albino. Poco despues, Stabie fué conquistada y destruida (30 de abril del 89) y Herculano fué asaltada por T. Didio á quien ayudó una legion Hirpinia (11 de junio). El propio Sila derrotó á los samnitas, cuando estos, mandados por L. Cluentio, quisieron apoderarse de la ciudad de Pompeya. Aniquilado en Nola un segundo ejército que este formó con los mercenarios celtas, pudo penetrar Sila arrogante y victorioso en la comar-

ca de los samnitas, apoderándose y destruyendo en el canton de los hirpinos las ciudades que como la capital, Compsa, y Eclanum, no quisieron someterse. Una importante victoria conseguida contra los samnitas conducidos por Mutilo, que con escasas fuerzas hubo de huir á Esernia, permitió á Sila, á fines de aquel propio año, dirigirse contra Bovianum y obligar, despues de una nueva victoria, á esta capital del audaz pueblo á que se rindiera. Entre tanto, Cosconio veía en Apulia coronados sus esfuerzos por el mejor éxito. A pesar de todo, se mantuvieron firmes el Senado itálico, que se había refugiado en Esernia; el general marso Pompeio que se había dirigido al Samnio; y especialmente los tenaces samnitas, en los cuales se había despertado el espíritu antiromano que en antiguos tiempos les animara. En los territorios del Sur hacían todavía frente á los romanos 30,000 hombres, 1,000 jinetes y 20,000 libertos armados que estaban á las órdenes de Silon, Mutilo y otros tres generales.

Pocas esperanzas debían quedar á este resto de los sublevados: en la Italia Central, en el año 88 el procónsul Pompeyo pacificó poco á poco el canton insurrecto de los Abruzos; en la Apulia, el cónsul Metelo Pio recobró á Venusia; en el Samnio, en donde el audaz Silon había por un momento reconquistado á Bovianum, libróse una reñida batalla, en la cual el héroe marso fué derrotado por el legado Emilio Mamerco, pereciendo con 6,000 de los suyos en la lucha. Una tentativa del itálico Lamponio, que había vencido en Lucania al romano A. Gabinio, hecha para apoderarse de Reggio, fracasó gracias al auxilio que á esta ciudad llevó el pretor siciliano Cayo Norbano. Finalmente, Sila, cónsul en aquel año, sometió tan por completo la Campania que solo quedó por sojuzgar la ciudad de Nola. Así terminó esta guerra que había ensangrentado y cubierto de ruinas á la península itálica. Entonces, sin embargo, cebóse en el pueblo romano una nueva desgracia, estallando un nuevo é inusitado incendio que llevó la desolacion á la capital y á la península de los Apeninos, y renovó con creces todos los horrores de los últimos años. Un mar de sangre inundó los territorios orientales de la nacion y una nueva revolucion estalló en la misma Roma, naciendo de ella la primera de aquellas terribles guerras civiles que abrieron definitivamente en Italia las puertas al Cesarismo.

CAPÍTULO III

MITRÍDATES EL GRANDE.—SILA Y LA PRIMERA GUERRA CIVIL ROMANA

I. Mitridates el Grande de Ponto. Extension del gran reino pónico.—II. Capadocia y Armenia.—III. Guerra entre Roma y Mitridates el Grande. Mitridates conquista la Capadocia (88) y manda asesinar á los romanos.—IV. Grecia se separa de Mitridates.—V. Sulpicio Rufo. Revolucion de Sulpicio.—VI. Sila marcha contra Roma. Sila asalta á Roma y destierra á sus enemigos.—VII. Sila conquista Atenas (86).—VIII. Levantamiento del anciano Mario y de Cinna contra el Senado. Crueles hechos llevados á cabo por Mario en Roma.—IX. Batalla de Queronea.—X. Descontento en Asia contra Mitridates. Batalla de Oromene.—XI. Sila firma la paz con Mitridates. Sila restablece la soberania romana en Asia.—XII. Sila marcha contra los demócratas itálicos (83). Guerra itálica entre Sila y los demócratas.—XIII. Batalla de Roma. Victoria de Sila. Sumision general de la democracia romana.—XIV. Proscripciones de Sila. Obra de restauracion de Sila. Constitucion y legislacion de Sila.—XV. Estado de las relaciones internacionales. El Estado de Sila. Muerte de Sila.

I.—MITRÍDATES EL GRANDE DE PONTO. EXTENSION DEL GRAN REINO PÓNICO

El gobierno de los optimates en Roma, hasta fines del siglo segundo antes de Jesucristo, despues de la conquista del

Africa y de la entrega de esta provincia hecha á los caballeros por Cayo Graco, había prestado escasa atencion á las relaciones políticas del mundo heleno y de los Estados vecinos á éste; y lo que era peor aun, mientras el Asia, como ya sabemos, era explotada sin consideracion alguna por los publica-